

PRESENTACIÓN

MEDIO SIGLO DE PALEONTOLOGÍA EN ESPAÑA

Como para tantos otros campos de la investigación científica, la guerra civil de 1936-39 supuso para la Paleontología española una quiebra importante en el desarrollo de su trayectoria ascendente. Junto a lo irreparable de las vidas humanas, la dispersión de medios materiales de trabajo y la pérdida o desaparición de algunas colecciones y archivos, provocó la paralización de buena parte de las actividades que se estaban realizando en este campo. Cuando terminó la guerra y la vida científica pudo ponerse de nuevo en movimiento, el panorama era poco halagüeño, falta de personal y de medios indispensables. En estas condiciones, los supervivientes de la catástrofe, junto con los recién incorporados en la inmediata postguerra, trataron de reanudar trabajosamente el camino que, a lo largo de medio siglo de esfuerzos, ha conducido al momento actual.

La Paleontología española tiene raíces antiguas. Sin embargo, a pesar de los casi dos siglos transcurridos desde la publicación en 1754 del «Aparato para la historia natural española» de José Torrubia hasta el estallido del conflicto bélico, las investigaciones paleontológicas propiamente dichas no habían destacado precisamente por su abundancia: la mayoría de las memorias que forman parte del acervo histórico de nuestra Paleontología decimonónica, no son en realidad sino trabajos bioestratigráficos —con frecuencia, simples listados de especies sin apenas descripciones sistemáticas— más atentos a los intereses de las investigaciones geológicas regionales que se llevaban a cabo, que a cuestiones de carácter netamente biológico. Con todo lo que representa por su trascendencia, y sin menoscabo de sus grandes méritos, la obra enciclopédica de Lucas Mallada se inscribe en buena parte dentro de esta dirección.

Pero el panorama iba ya cambiando poco a poco a fines de siglo, a partir de los años de la Restauración borbónica, cuando el mundo de la cultura comenzó a experimentar la influencia de aires renovadores. Importante a este respecto fue el papel desempeñado por la Institución Libre de la Enseñanza, bajo cuya inspiración se debe la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, de tanta trascendencia para el progreso de la ciencia española. De este modo, la Paleontología en su amplio sentido empezó su desarrollo: fue a partir de entonces cuando ven la luz los primeros estudios referidos a trabajos de sistemática o a monografías de yacimientos. A la labor realizada por la Comisión del Mapa Geológico (desde 1910, Instituto Geológico) y por el Museo Nacional de Ciencias Naturales, en cuyo seno se había creado la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, se unió en 1874 la del Museo de Paleontología del Seminario Conciliar de Barcelona y en 1882 la del Museo Martorell de la misma ciudad. Estas investigaciones encontraban su aglutinante en sociedades de carácter científico fundadas en la época, como la Real Sociedad Española de Historia Natural en 1871, la Institució Catalana d'Història Natural en 1899 y la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales en 1902, y recibían eficaz apoyo de las Reales Academias, como la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, y la de Ciencias y Artes de Barcelona. En cambio, el peso institucional de la Universidad en el desarrollo de la Paleontología española anterior a 1936 fue reducido y no empezó a dejarse sentir sino hasta muy tarde, aun siendo universitarios sus cultivadores más destacados.

Aunque modesto, el panorama de la Paleontología en España en vísperas del conflicto armado, era interesante y prometedor. Los acontecimientos que se iniciaron durante el verano de 1936, interrumpieron la continuidad de su esperanzado proceso de desarrollo.

• • •

Sin demasiada exageración puede afirmarse que la Paleontología española nació por segunda vez al término de la guerra civil. Las circunstancias del país habían determinado una atonía general en el campo científico, que tardó en poderse levantar pese al temprano establecimiento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas —que sustituía a la Junta de Ampliación de Estudios— a los pocos meses de haber finalizado el conflicto. Las

dificultades provenían de la escasez de hombres y de medios, pero también de las circunstancias externas (la Segunda Guerra Mundial y sus inmediatas secuelas), que determinaron el aislamiento del país y graves problemas de intercomunicación científica. Los escasos paleontólogos que restaban, descontentos los fallecidos, los que habían tomado el camino del exilio y los que abandonaban por desánimo la ruta iniciada, intentaban en medio de grandes dificultades reanudar su labor. De hecho, habían quedado reducidos a un número bien escaso, entre los que podía contarse, como nombres más significativos, a Primitivo Hernández Sampelayo en el IGME, a José Ramón Bataller en Barcelona, a Guillermo Colom en Mallorca. Eduardo Hernández-Pacheco, el fundador de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, había cambiado el rumbo de sus trabajos, y entre sus discípulos y compañeros, Francisco Hernández-Pacheco y Juan Dantín seguían sus pasos, Daniel Jiménez de Cisneros y Federico Gómez Lluca fallecían a poco de acabar la guerra, y José Royo Gómez, la gran esperanza de la Paleontología española, se había exiliado en América del sur. Junto con los supervivientes históricos se alineaban algunos entusiastas principiantes que habían iniciado su andadura en vísperas de la conflagración, cuya vocación, pese a todo, la guerra no consiguió trincar. Cuatro de ellos, cuyo nombre debe retenerse —Miguel Crusafont, José Fernández de Villalta, Luis Via y Bermudo Meléndez—, tomaron de este modo el relevo y su trayectoria ha acompañado fielmente las vicisitudes de la historia de la Paleontología española de postguerra. No tardaron, claro está, en surgir otros nombres, pero fueron ellos, los de la generación de los cuarenta, los que marcaron el camino de las primeras especializaciones. Ellos y Guillermo Colom, afortunadamente activo.

En contraste con lo que había sucedido en el período anterior a 1939, la Paleontología española de postguerra ha estado estrechamente vinculada en su desarrollo a la Universidad, pero también, aunque en menor grado, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al Instituto Geológico y Minero y a entidades y organismos privados. La lentitud con que inicialmente se efectuaba su progreso era debida en parte a la carencia de centros universitarios donde pudieran formarse los especialistas, pero tampoco las rígidas estructuras de la Universidad española anterior a las reformas de Lora Tamayo en 1965 hubiesen facilitado demasiado el proceso. Una visión sinóptica de nuestra Paleontología a lo largo del último medio siglo, permite distinguir la existencia de dos etapas diferenciadas en su proceso histórico, cuya separación se sitúa en las inmediaciones de aquella fecha.

La primera etapa representa la puesta en marcha de la Paleontología de nuestro país. Partiendo poco menos que de cero, los hombres de los años cuarenta y cincuenta consiguieron que la Paleontología española a través de su obra personal, gozase de un cierto eco (y en algunos casos, hasta de una sincera admiración) en círculos internacionales. En la segunda etapa, creados y estructurados los Departamentos universitarios, nuestra Paleontología ha llegado a la fase de normalización. Ha dejado de ser actuación personal de unos pocos, para pasar a ser obra coral de la comunidad científica del país.

Desde los tiempos lejanos de Vilanova y Piera, la Universidad española no contaba con la existencia de cátedras dotadas para la docencia paleontológica. Las enseñanzas de esta disciplina ocupaban un limitadísimo espacio en los currículos de Ciencias Naturales (no se produjo hasta 1953 la separación en Ciencias Biológicas y Ciencias Geológicas), a cargo de la cátedra que se responsabilizaba igualmente de materias tan dispares como la Petrología y la Estratigrafía. En 1948 se crearon por fin las primera cátedras de Paleontología en Madrid y Barcelona, y habían de transcurrir trece años más para que también pudiese impartirse docencia paleontológica en otras universidades del país. Pero no fue la creación de estas cátedras lo que determinó la expansión de la Paleontología. La estructura de la Universidad de la época, sin dotación para otro personal que no fuese el Catedrático y algún Profesor Adjunto de carácter temporal y escasa remuneración, estaba incapacitada para hacer progresar debidamente la Paleontología española. Durante los veinticinco años transcurridos hasta la estructuración departamental de las universidades, el número de tesis doctorales de Paleontología elaboradas no excedió de las quince, menos de una por año.

En 1943, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas creaba el Instituto «Lucas Mallada» de Investigaciones Geológicas, aplicando a este campo su declarado propósito de «fomentar, orientar y coordinar la investigación científica nacional». La existencia del Consejo hizo posible diversas actividades y manifestaciones científicas en el área paleontológica, gracias al establecimiento de diversas secciones de Paleontología que dieron acogida a becarios y colaboradores en sus primeros pasos por la investigación; en ellas tuvo lugar también la elaboración de diversas tesis. Por otra parte, el Consejo facilitó en todo momento la publicación de los resultados de los trabajos efectuados en las páginas de la revista «Estudios Geológicos», órgano del Instituto «Lucas Mallada», y asimismo accedió a editar el primer texto español de Paleontología, obra de Bermudo Meléndez («Tratado de Paleontología», 1947-50), desgraciadamente inacabado. Pero en definitiva, aun teniendo en cuenta la creación posterior de otros centros, como el Instituto «Jaime Almera» en Barcelona y el de Geología Económica en Madrid, la relativa escasez de plazas que han sido dotadas para investigadores en Paleontología ha determinado que la influencia del Consejo en la expansión de los estudios de esta ciencia en España haya sido más reducida de lo que cabía esperar.

Durante esta primera etapa, la contribución paleontológica del IGME mantuvo su carácter tradicional al servicio de las investigaciones geológicas regionales. Desde un principio el IGME acogió en las páginas de sus publicaciones algunos de los trabajos más destacados que elaboraban los paleontólogos del país, y subvencionó campañas de campo, excavaciones, así como diversas manifestaciones científicas. Pero no siendo objetivo propio del Instituto la investigación paleontológica en su sentido estricto, no pudo llegar a influir de modo directo en las vicisitudes que presidieron su desarrollo.

Un papel señalado jugaron en cambio entidades particulares y determinadas acciones aisladas de carácter individual. La constitución de la Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi» bajo la égida de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, aglutinó las actividades de un grupo de naturalistas que realizaban (y siguen haciéndolo) contribuciones de interés dentro del campo paleontológico. Un cometido parecido jugó la Sociedad de Historia Natural de Baleares, constituida años más tarde. Pero el papel más brillante corrió a cargo del Museo de Sabadell, cuya Sección de Paleontología, personificada durante largos años en la figura de su promotor, Miguel Crusafont, realizó una importante labor que gozó de amplia proyección internacional. Los Cursos Internacionales de Paleontología, organizados por este Museo entre 1952 y 1958 (con una denominación modesta, que no reflejaba su auténtica realidad), representaron de hecho la apertura de la Paleontología española al exterior, con la presencia, por primera vez en el país, de las grandes figuras de la Paleontología de vertebrados. Sin duda los Cursos, respaldados por una labor investigadora de primera línea en este campo concreto desde un sencillo museo local, constituye el acontecimiento de mayor trascendencia de la Paleontología española en este período. Por fin habría que mencionar también el estimable papel que han jugado los paleontólogos aficionados, especialmente numerosos en Cataluña, donde el clima de amor a la Naturaleza fomentado desde los centros excursionistas, favorecía su existencia.

Algunas manifestaciones científicas de carácter internacional habidas en España durante esta etapa, como el V Congreso de INQUA en 1957 y el II Coloquio del Neógeno Mediterráneo en 1961, influyeron de manera indirecta en la labor de los paleontólogos españoles al estimular el desarrollo de nuevas vías de investigación.



En 1965 se creaban por ley los Departamentos universitarios. Frente a la estructura tradicional de la Universidad española, que no contemplaba la multiplicación de plazas de profesores-investigadores en el seno de las cátedras, el establecimiento de los Departamentos alrededor de las distintas áreas de conocimiento, agrupando a personas y medios materiales con una finalidad docente e investigadora, abría las posibilidades de formar personal estable y organizar equipos de trabajo con posibilidades de futuro. La puesta en marcha de estas unidades estructurales señaló un momento de cambio para muchos ámbitos de la ciencia española, especialmente la de carácter experimental. Por lo que se refiere a la Paleontología, es de señalar el rápido aumento en la nómina de su personal investigador tras los años que siguieron. Este hecho vino a coincidir en el tiempo con la época de desarrollo económico del país, cuando empresas públicas o privadas ofrecían algunas posibilidades de penetración para licenciados con formación adecuada. Si hasta 1965 existían tan solo cuatro universidades en cuyas Facultades de Ciencias se impartían enseñanzas de Paleontología, años más tarde, entrados ya en la década actual, el número había ascendido a once, sin contar además con la que podía darse desde las Escuelas Técnicas Superiores. Un reflejo de este innegable progreso lo constituye el número de tesis doctorales elaboradas durante las dos últimas décadas. En contraste con el ritmo anterior que no llegaba a alcanzar la producción de una tesis por año, el número de las presentadas hasta la actualidad desde 1966 ha rebasado ya la cifra del centenar.

Seguramente en este incremento han contribuido hechos diversos que se fueron produciendo en España a lo largo del período. La puesta en marcha por el IGME del llamado Plan MAGNA a partir de 1971, fomentó por necesidad ineludible la labor de exploración paleontológica de áreas escasamente conocidas del territorio nacional y la revisión de numerosos datos antiguos sin verificar. La constitución del Grupo Español del Mesozoico en 1970, con sus fructíferas reuniones periódicas, dio pie a la realización de abundantes investigaciones paleontológicas referidas a este ámbito. Aun representando un dominio totalmente independiente, la organización de los Congresos Nacionales de Sedimentología también ha influido en cierto modo en las actividades paleontológicas, al poner de manifiesto posibilidades de colaboración en espacios donde existe confluencia de intereses entre ambos grupos.

En el desarrollo de la Paleontología española no puede olvidarse el importante papel que ha correspondido a la intervención de los investigadores extranjeros. Representantes de diversas escuelas europeas han trabajado en varias zonas del país, a partir ya de la década de los cincuenta. Sin haber sufrido los imprevisibles avatares por los que ha discurrido la ciencia de nuestro país y con una mejor tradición científica y cultural, los paleontólogos extranjeros que han trabajado en España han aportado en general medios y técnicas propias que permitieron

efectuar una estimable labor, excelente en algunos casos y de un peso específico considerable, como la que atañe a las áreas de vertebrados, foraminíferos o floras y faunas paleozoicas. Su contribución ha estimulado la labor de los investigadores del país y son varios ya los equipos mixtos que han llegado a constituirse durante los últimos tiempos. Además, el contacto estrecho con ellos ha propiciado una constante renovación en el enfoque de los trabajos y una puesta al día de determinadas técnicas de estudio.

Probablemente el ininterrumpido paso de paleontólogos extranjeros por nuestro país ha facilitado la cooperación internacional en materia de investigación. Desde 1970, cada vez va siendo más frecuente la presencia de paleontólogos de España entre los miembros de las comisiones internacionales que dependen de la IUGS o en los grupos de trabajo promovidos por la IGCP, y ya empiezan a figurar nombres españoles en el Comité de Redacción de revistas científicas de carácter internacional. El que en 1973 tuviese lugar en España el XIII Coloquio Europeo de Micropaleontología, cuya organización había sido confiada a la Empresa Nacional «Adaro», ponía en evidencia la altura de los micropaleontólogos españoles y el interés de sus investigaciones. La gran afluencia de personalidades de todas partes a este coloquio permitió el establecimiento de vínculos de relación más estrechos con los especialistas del país.

Un hecho más significativo todavía para la Paleontología española, lo constituyó la feliz iniciativa de la Universidad de Barcelona (Jordi Martinell, organizador) de promover en 1981 la celebración de un simposio internacional sobre «Concept and methods in Palaeontology». Esta reunión, que por primera vez congregó en Barcelona a gran cantidad de paleontólogos españoles, logró un éxito extraordinario. El simposio concentró la atención de la Paleontología mundial por la novedad temática, y su trascendencia puede paralelizarse con la que obtuvieron en su día los Cursos de Sabadell. Figuras de primer orden de la Paleontología mundial se dieron cita en Barcelona y presentaron comunicaciones del más alto nivel. La Paleontología española resultó grandemente beneficiada con esta celebración. Hasta la época (salvo honrosas excepciones que, naturalmente, no pueden ser olvidadas) la Paleontología del país apenas si se había ocupado de cuestiones otras que no fuesen la pura descripción sistemática de taxones o la bioestratigrafía aplicada a problemas de datación. Más allá de estos dominios solamente se habían realizado algunos escarceos paleoecológicos o se habían explorado aspectos relativos a la evolución orgánica y temas conexos. El Simposio de Barcelona actuó a modo de cristizador de inquietudes inéditas. Preocupaciones de mayor entidad han comenzado a asomar en las publicaciones españolas de los últimos años, de tal modo que posiblemente la fecha de esta celebración deba interpretarse en el futuro como un claro punto de inflexión en la línea que marca la evolución temática de la Paleontología de España.

La actividad de los investigadores españoles queda reflejada obviamente en las publicaciones que contienen sus trabajos. A pesar de la penuria con que se desenvolvían los primeros paleontólogos de postguerra, los resultados de su labor aparecen registrados ya en los primeros números de las publicaciones de carácter biológico o geológico que existían en aquellos años. Las primeras revistas que recogieron los trabajos paleontológicos del momento no eran todavía especializadas: el mismo 1939, sin apenas discontinuidad a pesar de la existencia del conflicto militar, vio aparecer con normalidad el «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», así como la revista «Las Ciencias», órgano de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. En 1941, el IGME reanudaba la publicación de su «Boletín» y de su serie «Notas y Comunicaciones» (actualmente reunidas bajo la denominación de «Boletín Geológico y Minero»). En 1945, el Consejo conseguía sacar a la luz el primer número de la nueva revista «Estudios Geológicos». En estas publicaciones, así como en folletos aislados y en algún boletín de carácter regional o local («Munibe», órgano de la Sociedad «Aranzadi», empezó a aparecer en 1949), se contiene la mayor parte de la producción paleontológica española de las décadas de los cuarenta y cincuenta. Más tarde, especialmente después de la constitución de los departamentos universitarios, el número de revistas con variable contenido paleontológico se multiplicó extraordinariamente: «Cuadernos de Geología Ibérica» en Madrid, «Acta Geologica Hispanica» y «Revista d'Investigacions Geològiques» en Barcelona, «Trabajos de Geología» y «Breviaria Geologica Asturica» en Oviedo. «Cuadernos de Xeoloxía de Laxe» en La Coruña, «Studia Geologica» en Salamanca, «Cuadernos de Geología» en Granada. «Boletín de la Sociedad de Historia Natural de Baleares» en Palma de Mallorca. «Mediterránea» en Alicante, como más importantes. Habría que citar aun como publicaciones permanentes desde el siglo pasado la «Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales» de Madrid, y las «Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes» de Barcelona, así como el renacido «Butlletí de l'Institut Catalana d'Història Natural» en Cataluña. Pero aportaciones de paleontólogos españoles figuran también (cada día más) en publicaciones extranjeras de prestigio, en especial desde 1970 aunque algunas de nuestras primeras figuras de postguerra han venido haciéndolo si bien esporádicamente, desde 1945.

En 1969, la Empresa Nacional «Adaro» hizo aparecer la «Revista Española de Micropaleontología». Era la primera publicación específicamente paleontológica que aparecía en España, si exceptuamos algunos boletines u órganos internos de diversos centros («Col-Pa» en Madrid y «Paleontología y Evolución» en Sabadell, aunque la última adquiere últimamente rango de verdadera revista). La «Revista Española de Micropaleontología» es una

publicación de carácter internacional, que figura con su bien ganado prestigio entre las mejores de su campo especializado. Pero no ha sido ésta hasta ahora la única revista paleontológica de España. En 1979, diez años después, aparecía «Palinología», lanzada por el Instituto de Investigaciones Palinológicas de León, organismo de fundación privada, creado en 1975. Desgraciadamente esta revista ha tenido una vida efímera, al disolverse recientemente la entidad que venía soportándola.

• • •

Desde los primeros tiempos de postguerra, cuando la cantidad de paleontólogos del país podía expresarse con un solo número dígito, hasta los momentos actuales, la nómina de los mismos no ha hecho sino crecer con notable celeridad. En cualquier colectivo humano que esté creciendo, la necesidad asociativa se hace inevitable, bien sea para garantizar la defensa de sus intereses comunes, bien para facilitar las posibilidades de comunicación mutua. Para quienes se dedican a una actividad investigadora como la de la Paleontología, cuyo trabajo por su propia naturaleza requiere como pocos el contacto asiduo entre colegas, esta necesidad resulta inexcusable. El colectivo paleontológico español decidió asociarse en 1984; siete años antes lo habían hecho quienes trabajaban en Palinología, constituyendo la Asociación de Palinólogos de Lengua Española que, con la celebración de reuniones periódicas, mantienen una destacada actividad, pero esta vez se trataba de reunir a toda la comunidad paleontológica. La Sociedad Española de Paleontología se creó con la finalidad de «promover y difundir la actividad paleontológica en España en sus aspectos científico, tecnológico y aplicado, así como fomentar las relaciones entre los miembros, ... prestar especial interés en la promoción cultural de la Paleontología y la enseñanza de la misma, sirviendo como centro de información y difusión entre los interesados».

Con este mismo espíritu, el primer número de la REVISTA ESPAÑOLA DE PALEONTOLOGIA ve hoy la luz. La Revista pretende convertirse en el lugar de confluencia de los distintos vales por los que discurre la investigación de los paleontólogos españoles, pero no por ello sus páginas permanecerán cerradas a la colaboración extranjera cuando ésta se refiera a temas españoles o a materias de tipo doctrinal o especulativo. Con su aparición esperamos que la Paleontología española inicie una nueva y venturosa singladura en su viaje al futuro. ¡Ojalá estas ilusionadas esperanzas, apoyadas en el frágil y versátil equilibrio creado entre el entusiasmo de los jóvenes y la experiencia de los mayores, no hayan de verse defraudadas!.

Jaime Truyols

Presidente de la Sociedad Española de Paleontología